

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pio bebían como contra maestres.

La conversacion subía de punto; Pio se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con suculentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de verse bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las faces mas encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café inglés de Paris, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE LA PRECOCIDAD DE LOS POLLOS DETERMINA UNA CATASTROFE.

SENTEMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardin de la plaza mayor de Mexico.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figon improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zenit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardin, en el

que, no obstante, se perciben los aromas de los floripondios, de la miñoneta y de los heliotropos.

Frente á Catedral están sentados en una banca, una dama y un caballero. La dama está envuelta en un manto gris, el caballero tiene un paltó oscuro, y una bufanda le oculta la mayor parte del rostro.

Eran Concha y Arturo.

En el rumbo opuesto, quiere decir, frente al Palacio Municipal, hay cuatro pollos que ocupan otra banca de fierro. Estos pollos son Pedrito, Pio Blanco, Pio Prieto, y un desconocido.

—Es deliciosa, chico, es deliciosa, decía Pio Blanco. Anoche cené con ella; es un poco inculta.

—¿Es posible? dijo Pio Prieto, que ignoraba lo que habia pasado entre Concha y Arturo hacia algunos días; cuéntanos eso.

—A ver, dijo Pedrito, muy lejos de creer que se trataba de su hermana.

—Nuestro hombre estaba en los segundos con la chica, nos picó la cresta á todos los de la carpanta, y nos propusimos averiguar quién era la azul.

—¿La azul? preguntó el pollo desconocido.

—Iba vestida de azul, repuso Pio Blanco, y continuó: nadie la conocia; pero Paco el acomodador nos dió informes y ya con ellos, cataplum, me lancé al palco y saludé, provisto de un alcazaz de dulces; lo ofrezco, ella lo aceptó, los convidó á cenar, bebemos mucho Campagne, y después algunos ponches calientes.... la cosa es hecha.

Ya en el Campagne, un piececito de la niña me per-

tenezia; porque han de estar ustedes, que yo acostumbro empezar los telégrafos con los piés: es mi táctica.

—Yo soy lo mismo, dijo Pio Prieto.

—En primer lugar, acerqué mi pié como casualmente, y cuando mi hombre se descuidaba, dirijia yo miradas tiernas á la sirena.

—Miradas melodramáticas, agregó el pollo desconocido.

—Exactamente. Yo creo tener cierta atraccion magnética en la mirada.

—¡Presumido! exclamó Pedrito.

—No, chico, eso no es presuncion: yo conquisto con los ojos y luego con los piés; con la vista, exploro, y con los piés corroboro: así es que á los ponches ya el piececito de la divina estaba colocado negligentemente sobre el chagrin de mi botín; ¡delicioso!

—¿Y luego? preguntó Pio Prieto.

—Hoy la he llevado una preciosa caja de dulces y un album.

—¿Y qué? preguntó Pedrito.

—El negocio es hecho, la ocasion es la que falta, la conquista es espléndida.

—Te felicito, chico, dijo Pio Prieto.

—Vale la pena de cenar en Fulcheri, dijo el pollo desconocido.

—Aprobado, dijo Pedrito.

—Pio Blanco paga, dijo Pio Prieto.

—No me arredro; en marcha.

--A Fulcheri, á Fulcheri; repitieron los pollos y se pusieron en movimiento.

Las cenas de Fulcheri son generalmente cenas de calaverones, de pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son á media noche y mas succulentas de lo que conviene á estómagos enfermizos y metódicos.

Los cuatro pollos sorbieron con delicia el caliente consommé, tomaron jamon de Westfalia, pavo, pasteles, Champagne y ponches de Kirch-waser.

Todos brindaron á la salud de la azul, y Pio Blanco, en el cólmo del agradecimiento, les ofreció otra cena en compañía de la bella conquistada.

Esta palmaria prueba de confianza, hizo estallar el entusiasmo y los pollos prorumpieron en vivas á Pio Blanco.

--Lástima es, dijo Pedrito, que esa cena sea para dentro de seis meses.

--¡Seis meses! exclamó Pio Blanco.

--Lo menos, dijo Pedrito.

--Dentro de ocho dias.

--Que se tome nota, dijo el pollo desconocido.

--Que lo apunte el mas viejo de nosotros, dijo Pedrito, ¿cuántos años tienes, Blanco?

--Diez y siete.

--¿Y tú, Prieto?

--Diez y siete.

--¿Y tú, Pepe?

El pollo desconocido dijo:--diez y ocho.

--Tú lo apuntas.

--Corrientes, dijo Pepe, el dia 15 será la cena.

--¡No será ese dial dijo Arturo, presentándose de una manera dramática en el gabinete.....

Los pollos enmudecieron.

Pio Blanco se puso blanco, Pio Prieto rojo, Pedrito verde y Pepe amarillo.

En medio de aquella caja de colores estaba la llama azul del ponche.

Arturo se acercó á Pedrito, y le dijo al oído:

--Llévate á Concha á casa y allí me esperas.

Pedrito obedeció en silencio y fué á tomar á su hermana, que efectivamente estaba en la sala inmediata al gabinete azul, pues mientras los pollos proyectaban cenar, Concha y Arturo con la misma inspiracion habian entrado á Fulcheri.

Arturo se dirigió á Pio Blanco y le dijo con acento de primer galan:

--Salga usted, caballero.

Pio Blanco se puso su sombrero.

--Me permitirás que pague la cena, porque supongo que no me obligarás á aparecer droguero con Fulcheri.

--¡Mozol gritó en seguida, ¿cuánto se debe?

--Una onza, dijo el criado.

Pio Blanco tiró sobre la mesa una onza de oro y una peseta para el criado.

--Estoy á tu órden, Arturo.

Los cuatro pollos salieron de Fulcheri.

Pedrito y Concha pasaron la noche en vela esperando á Arturo.

A las siete de la mañana salió Pedrito en busca de noticias.

Arturo no habia dormido en su casa ni en hotel alguno, ¿en dónde estaria?

Pedrito empezó á sospechar que el lance debia haber sido bastante sério.

Buscó á Pio Blanco y despues á Pio Prieto, y por último á Pepe.

Todos los pollos se habian perdido.

Pedrito por lo tanto no sabia qué partido tomar, y regresó á participar á Concha aquella estraña desaparicion.

—¡Se habrán batido! dijo esta sobresaltada.

—¿Quiénes?

—Cómo quienes! Arturo y Pio Blanco.

—¿Luego tienes motivos para sospechar que Arturo esté celoso de Pio?

Concha no supo contestar.

—¡Responde!

—Pues bien, sí: Pio me enamoraba.

Pedrito finjió ponerse furioso.

—No estamos para sermones, dijo Concha resueltamente, busquemos á Arturo.

—Y á Pio Blanco.

—No me provoques.

—Tú le juegas una mala pasada á Arturo, y ya sabes cuánto le debemos.

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Y te lo diré cien mil. Llevas muy malas trazas, vas á acabar mal.

—¿Y tú?

—¿Yo? soy hombre y trabajaré, pero tú?

—¿Qué oficio tienes?

—Eso es cosa de mi capote.

—De mi capote, repitió Concha ahuecando la voz.

—¡Estúpida!

—Tengamos la fiesta en paz y vuelve por ahora á buscar á Arturo.

—¿En dónde quieres que le busque? No está en su casa, no está en ninguna parte.

—En alguna parte ha de estar.

—Estará en la cárcel.

—Puede ser.

—¿Qué dices?

—Que nada extraño seria que estuviese en la cárcel.

—¿Sabes que dices bien?

—¡Pues ya lo creol! Vé á la Diputacion.

Con este nombre distinguen algunos el palacio municipal de México.

Pedrito salió de nuevo en busca de Arturo. A pocos pasos de la casa de Concha, Pedrito encontró á un pollo.

—Chico, le dijo este, no vayas á la oficina.

—¿Por qué?

- Porque ya es inútil que te molestes.
- ¡Cómo!
- El gefe te ha destituido.
- Te chanceas.
- Ayer se ha puesto la órden.
- ¿Y por qué motivo?
- Por inútil y por moroso en el cumplimiento de tus deberes.
- ¿Pero eso es cierto?
- Palabra de honor.
- Ya me lo esperaba, el gefe no me puede ver, y es porque sabe que mi padre anda en la revolucion; pero no importa, todas estas son intrigas de mis enemigos, ya sé de dónde viene el golpe; pero te juro que le he de romper los anteojos al tal gefe, ¡ignoranton! que ha ascendido por favoritismo.
- ¡Hombre, Pedrito!
- Seguro, eso es por su muger. ¡Echarme como si fuera yo un criadol ¡ya se vé! ¡si no se puede ser empleado! pero deja que triunfe la revolucion, chico, y verás adónde se va el gefe hipócrita, santurron: no me pesa. Con que no debo ir ¿eh?
- Creo que no debes presentarte á recibir el desaire.
- Iré, y mucho que sí, para decirle á ese viejo cuántas son cinco.
- Haz lo que quieras: te dejo porque van á dar las nueve. Adios.
- Adios.

Y Pedrito se quedó estático: despues se rascó la cabeza, se echó hácia atrás el sombrero hasta descubrir el pelo de la frente, se colocó las manos en los bolsillos y comenzó á andar, silbando quedito. De vez en cuando interrumpia su aria con una blasfemia que murmuraba por lo bajo, pero que no siempre pasaba desapercibida para los transeuntes, que se reian del pollo desvelado y maldiciente.

En cuanto á Concha, ataviada aún con el traje del paseo nocturno, habia cambiado solamente el manto gris por un rebozo azul.

El rebozo es el mas íntimo confidente de la muger en México. Las costumbres francesas se han estrellado generalmente ante el uso de este adminículo indispensable, ante esta acentuacion de la nacionalidad, ante ese chal de estraña flexibilidad y característico de México.

La muger y el rebozo son el único matrimonio completamente feliz: sobre los hombros de la propietaria se adapta á un millon de *partidos de paños*, como dicen los pintores.

Quando el rebozo está sobre los hombros y despues del emboce vuelven á subir las dos puntas sobre el hombro izquierdo, la muger está ocupada; entónces el rebozo quiere decir tráfago, haciendas, ocupaciones domésticas, preparativos.

Quando el rebozo en los hombros está cruzándose sobre el hombro y cae mas abajo de la cintura, es señal de que el talle de la propietaria está invisible, los broches

están divorciados, y la pureza de las líneas está en bosquejo.

Pero cuando este lienzo elocuente está cubriendo la cabeza hay que temer cosas graves, y es una infalible señal de alarma: en primer lugar, el tocador está en inútil espera, los postizos están en dispersion, y la propietaria está confiando á su rebozo males físicos ó morales, la propietaria está triste, tiene jaqueca, ha recibido malas nuevas, y la diosa de la moda y los geniecitos del tocador están bostezando y muriéndose de fastidio porque la hada del gabinete de los secretos está transijiendo con la prosa vil de la vida.

Ultimamente, cuando el rebozo cubre parte de la frente, la boca y parte de la nariz, el drama es inconcuso, la propietaria ha tocado el sumum del malestar, de la displicencia, del frio, de la pereza, del dolor y de todo lo sombrío y siniestro.

El rebozo de Concha no le dejaba descubiertos mas que los ojos.

Aquellos ojitos estaban inyectados y se clavaban en el suelo como leyendo en las flores de la alfombra una porcion de cosas tristes. Concha comenzaba á ser infeliz, y estaba abriendo ese libro de negras páginas, y del que cada capítulo va conduciendo al alma á un índice horripilante.

Hay una nube sombría en el porvenir que de repente se interpone entre nosotros y el sol de nuestras dichas pasajeras, y las intuiciones de lo incierto, de lo descono-

cido, de lo pavoroso, nos hacen estremecer, como á la vista de un precipicio palpable.

El libro de nuestra vida repite, como las grandes composiciones musicales, los temas, los motivos y las ideas de la introduccion.

Labradores de este campo que se llama la vida, recojemos indispensablemente los frutos de nuestra siembra de ayer, la tierra nos devuelve con usura lo que le confiamos, para tener derecho á que le devolvamos lo que nos confió: nuestro cuerpo.

Concha empezaba á recojer.

Todos para recojer miramos al suelo, donde pusimos los piés; allí está la huella, no lo podemos negar.

Hay frutos amargos.

Al verlos los regamos ya tarde con una lágrima. Al recojer los frutos buenos, levantamos la frente al cielo.

.....
Concha no levantaba la frente.

¡Pobre Concha!

Su meditacion fué interrumpida por la voz de una criada. Esta criada era Soledad, que hacia notable contraste con el lujo de la pequeña habitacion: estaba andrajosa y sucia, tenia como veinte años, una fisonomía bronceada trazada con esas líneas elocuentes, que dibujan la disipacion y la mala vida: sus cabellos estaban ordinariamente erizados, y el poema de aquella existencia misteriosa, estaba representado en dos circunstancias, á saber: en el desaseo y la incuria de la criada, y en sus piés.

Esta criada calzaba unos magníficos botines de seda solferinos esquisitamente adornados.

Soledad habia visto realizado su ensueño.

En cuanto á Madama Luisa, se habia despedido desde el dia en que Arturo minoró las propinas.

Soledad entró, vió á Concha cabizbaja y se sentó en la alfombra enfrente de su ama.

—¿Qué? murmuró apenas Concha.

—La comida.

—No como.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Que no hay comida.

—Mejor.

—¿Cómo mejor, y yo?

—Es verdad, dijo Concha tomando unas llaves que alargó á la criada.

Esta se levantó y fué á abrir un ropero, cuya puerta era un espejo.

La horrible cara de la criada se reprodujo allí como en un gran marco elegante la figura maestra de una pordiosera; parecia una de esas magníficas pinturas que representan un miserable.

La criada se vió de cuerpo entero, y en vez de verse la cara se vió los piés.

Todos estos detalles pasaron desapercibidos para Concha.

—No hay nada, dijo la criada.

Concha le fijó la mirada.

—¿Cómo no hay nada? habrá plata.

—Nada, volvió á decir la criada haciendo girar el espejo; vea usted.

Concha se levantó y lo registró todo, y despues se quedó pensativa.

—Lleva esto, dijo al fin, y tiró á la criada un vestido de gró negro.

La criada hizo un lio en una toalla y salió de la habitacion.

Hay algunos millones de pesos en circulacion en el país, debido á que algunos miles de usureros se han colocado enfrente de la miseria y de las malas costumbres.

La miseria, no obstante, no es la principal proveedora de las casas de empeño.

Un poco de órden y el infame comercio languidecería; un poco de método y de amor al trabajo, y la circulacion de la usura dejará de ser la voráGINE de las clases menesterosas.

La pereza está al lado de las necesidades, para proporcionar el recurso fácil del empeño al que tiene, por dicha de los usureros, la torpeza de olvidar la aritmética en estos tiempos.

El Monte de Piedad está legítimamente instituido bajo el manto de la beneficencia pública. Tal fué la mente del Sr. D. Pedro Romero de Terreros, cuando el año de

1775 cedió trescientos mil pesos para la fundacion de ese establecimiento en Mexico.

Efectivamente, ese ogro que se llama la miseria pública, se arrastró hurraño pero consolado, hasta las puertas del suntuoso edificio; y por medio de una operacion piadoso-mercantil, vió convertirse un trapo, inútil por el pronto, en un pedazo de pan.

El hambre logró ver el algodón, la lana, le seda y los metales color de pan: ¡ilusion risueña!

Pero la pereza que tambien trabaja para mantenerse, la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, á la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria, y tambien se arrastraron hasta las puertas del Sacro y Nacional Monte de piedad de ánimas.

Pero volvamos á Concha, que de nada de esto tiene la culpa, pues no ha tenido mas parte en lo que pasa, que haber nacido bonita y pobre: desgracia bien comun y bien fecunda en resultados.

Concha presentia el derrumbamiento.

Todas las posiciones falsas tienen delante el precipicio.

Las loretas de Paris suelen caer desde el palacio hasta el hospital.

Cuando á Concha se le acabara el oro no le quedaba mas que la belleza, que es el capital que rinde mas fúnestos réditos.

Concha, despues de una larga meditacion, se consoló viéndose en la luna de su ropero.

Hé aquí una de las ironías de la vida.

La explotacion del capital mas inmueble que se conoce: este era el porvenir de Concha, y no obstante, Concha no se espantaba: lo que tenia delante de sus ojos no era el abismo de la prostitucion con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre de Doña Lola nada supo en su vida de toda esa gerigonza.

Ella decia que era buena cristiana y lo decia sinceramente: en efecto, oia misa y rezaba, y si no le habia enseñado mas á Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha abandonada por Arturo, no seria, en todo caso, mas desgraciada que Doña Lola abandonada por Don Jacobo, *lanzado á la revolucion.*

¿A quién apelaria Concha? A nadie, á ella misma.